EL RESUCITADO
AL ENCUENTRO DE LOS DISCÍPULOS

La misión del Unigénito enviado en la carne, como enseña la fe apostólica, no concluye con su muerte en la cruz. Los evangelios canónicos dan testimonio de cómo Jesús, resucitado al tercer día según lo había anunciado, se manifestó a las mujeres, en particular a María Magdalena, y a los discípulos hasta su ascensión a los cielos. San Pablo dice que se apareció a más de quinientos hermanos juntos. (1Cor 15, 6) Antes de subir al cielo, envió en misión a los Doce con la promesa de estar y colaborar con ellos hasta el final de los siglos. El Resucitado prosigue hoy su misión en favor de la humanidad, aun cuando no acertemos a verlo.

En la carta a los Romanos, Pablo recuerda esta verdad de forma significativa. Después de hablar de la fe de Abrahán, que espero contra toda esperanza, pues «Dios es capaz de hacer lo que promete; por lo cual le fue contado como justicia», el apóstol escribe: «Pero que le fue contado no está escrito solo por él; también está escrito por nosotros, a quienes se nos contará: nosotros, los que creemos en el que resucitó de entre los muertos a Jesucristo nuestro Señor, el cual fue entregado por nuestros pecados y resucitó para nuestra justificación. (Rom 4, 21-25) Más adelante anima a la atribulada comunidad con estas palabras de esperanza:

> Después de esto, ¿qué diremos? Si Dios está con nosotros, ¿quién estará contra nosotros? El que no se reservó a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos dará todo con él? ¿Quién acusará a los elegidos de Dios? Dios es el que justifica. ¿Quién condenará? ¿Acaso Cristo Jesús, que murió, más todavía, resucitó y está a la derecha de Dios y que además intercede por nosotros? (Rom 8, 31-34)

Que el Resucitado siga intercediendo por nosotros ante el Padre, lo atestigua también la carta a los Hebreos. Porque Jesús posee el sacerdocio que no pasa, él «puede salvar definitivamente a los que se acercan a Dios por medio de él, pues vive siempre para interceder a favor de ellos». (Heb 7, 25) En el Cenáculo, Jesús rogó por todos cuantos creerían a lo largo del tiempo: «Y por ellos yo me santifico a mí mismo, para que también ellos sean santificados en la verdad. No solo por ellos ruego, sino también por los que crean en mí por la palabra de ellos, para que todos sean uno, como tú, Padre, en mí, y yo en ti, que ellos también sean uno en nosotros, para que el mundo crea que tú me has enviado». (Jn 17, 19-21)

El verdadero discípulo y testigo de Jesucristo debe ser muy consciente que él sigue intercediendo ante el Padre por los suyos. Nuestra intercesión se dirige en y por Cristo al Padre. Orar en el nombre del Señor nos garantiza ser escuchados en todo momento. El pueblo sacerdotal lo es en la medida que ora en, con, por y a Cristo, el único y verdadero Mediador. Es necesario, por otra parte, que tengamos siempre presente esta verdad: Como la oración de nuestra cabeza, durante su caminar en la tierra, se realizó entre gritos y lágrimas, nada de extraño si la oración de su cuerpo, que somos la Iglesia, esté también marcada por sus gritos y lágrimas, mientras vivimos en la carne.

La misión de la Iglesia en el mundo, y no siempre lo tenemos presente, está sostenida por la oración de Cristo en el cielo. Cuando esta verdad se olvida, existe el riesgo de pensar y llevar «la misión apostólica» de forma mundana, esto es, con la lógica propia de la propaganda religiosa o el proselitismo. Y así se sucumbe a las tentaciones propias de la seducción ejercida por los líderes, de presionar las conciencias, de propiciar ciertos pietismos, en lugar de vivir una oración que sea un real encuentro en la fe con el Viviente, esto es, con el Crucificado exaltado a la derecha del Padre. El apóstol de las gentes, escribiendo a comunidad de Corinto, tentada y revuelta por la mundanidad de los superapóstoles, explica porque no había querido saber, al anunciarle el Evangelio, sino a Jesucristo y este crucificado.

> Yo mismo, hermanos, cuando vine a vosotros a anunciaros el misterio de Dios, no lo hice con sublime elocuencia o sabiduría, pues nunca entre vosotros me precié de saber cosa alguna, sino a Jesucristo, y este crucificado. También yo me presenté a vosotros débil y temblando de miedo; mi palabra y mi predicación no fue con persuasiva sabiduría humana, sino en la manifestación y el poder del Espíritu, para que vuestra fe no se apoye en la sabiduría de los hombres, sino en el poder de Dios. (1Cor 2, 1-5)

Quien pensara que estas afirmaciones pueden conducir a un dejar hacer o a la repetición, se equivocaría. La vida de Pablo atestigua lo contrario. Buscó, por todos los medios, anunciar el Evangelio de Dios; pero su creatividad apostólica, en el Espíritu de la verdad y santidad, se enraizaba en el misterio pascual y no en el proselitismo, que había practicado como fariseo celoso antes de que el Resucitado saliera a su encuentro en el camino de Damasco. La dinámica de la misión nos viene dada por la Pascua del Hijo de Dios. La misión arranca de la iniciativa divina, del amor de Dios por el hombre y culmina en la comunión trinitaria mediante el don del Espíritu Santo. Así lo comprendió Pablo en la comunión apostólica.

Jesús, en efecto, recorría los caminos de Galilea y Judea, anunciando la llegada del reino de Dios, con la clara conciencia de que nadie iba a él por la fe, si el Padre no lo atraía. A la muchedumbre que lo buscaba y preguntaba: «¿Qué tenemos que hacer, para hacer las obras de Dios?», respondió: «La obra de Dios es esta: que creáis en el que él ha enviado». (Jn 6, 29) Y más adelante, añadió: «Nadie puede venir a mí si no lo atrae el Padre que me ha enviado Y yo lo resucitaré en el último día». «Por eso os he dicho que nadie puede venir a mí si el Padre no se lo concede». (Jn 6, 44.65). Jesús recibió a sus discípulos como un auténtico don del Padre. «Los que tú me has dado». Pablo, en la misma perspectiva, quería que la fe de sus comunidades «no se apoye en la sabiduría de los hombres, sino en el poder de Dios».

En este horizonte de la fe apostólica, contemplemos cómo el Resucitado salió y sale en busca de los suyos, para fortalecerlos en la fe y enviarlos en el Espíritu de la verdad, para hacerlos sus testigos hasta los confines de la tierra. Pedro, movido por el Espíritu fue a la casa del pagano Cornelio, y afirmó: «Dios lo resucitó al tercer día y le concedió la gracia de manifestarse, no a todo el pueblo, sino a los testigos designados por Dios: a nosotros, que hemos comido y bebido con él después de su resurrección de entre los muertos. Nos encargó predicar al pueblo, dando solemne testimonio de que Dios lo ha constituido juez de vivos y muertos». (Hch 10, 40-42) Conviene recalcarlo.

Una última precisión. Jesús resucitado no fue a manifestarse al Templo ni se apareció en la plaza pública, para demostrar a sus adversarios lo equivocados que estaban cuando lo crucificaron. El pesebre, la cruz, la eucaristía expresan una lógica muy diferente a la desarrollada por ciertos grupos. Dios, como dijo Pedro en casa de Cornelio, resucitó a su siervo Jesús de Nazaret de entre los muertos y le concedió manifestarse a los que le habían seguido por los caminos de Galilea y Judea. En las tentaciones, Jesús rechazó lo espectacular y lo mismo acontece después de su Pascua. ¿Lo meditamos en la Iglesia? Escuchemos el testimonio de Pedro ante la familia del pagano:

> «Dios lo resucitó al tercer día y le concedió la gracia de manifestarse, no a todo el pueblo, sino a los testigos designados por Dios: a nosotros, que hemos comido y bebido con él después de su resurrección de entre los muertos. Nos encargó predicar al pueblo, dando solemne testimonio de que Dios lo ha constituido juez de vivos y muertos. De él dan testimonio todos los profetas: que todos los que creen en él reciben, por su nombre, el perdón de los pecados». (Hch 10, 40-43)

I.- LA RESURRECCIÓN Y SU REVELACIÓN.

A diferencia del nacimiento de Jesús en Belén, nadie presenció la resurrección de Jesús. No obstante, al igual que el nacimiento del Salvador fue anunciado por ángeles a los pastores y por ellos al pueblo, así también la resurrección de Jesús fue anunciada por ángeles a unas mujeres, que dieron la buena noticia a los discípulos. La encarnación y la resurrección son obra divina, que debemos creer. El Resucitado reprochó a los discípulos

su incredulidad: «Por último, se apareció Jesús a los Once, cuando estaban a la mesa, y les echó en cara su incredulidad y dureza de corazón, porque no habían creído a los que lo habían visto resucitado». (Mc 16, 14) En efecto, el anuncio de la resurrección de Jesús, por los ángeles, se dirigió en primer lugar a las mujeres, que en aquella época eran las menos cualificadas para se testigos, pues se aceptaba su testimonio en los tribunales. Veamos una sinopsis de los relatos evangélicos:

Marcos	**Mateo**	**Lucas**	**Juan**
Pasado el sábado, María Magdalena, María la de Santiago y Salomé compraron aromas para ir a embalsamar a Jesús. Y muy temprano, el primer día de la semana, al salir el sol, fueron al sepulcro. Y se decían unas a otras: «¿Quién nos correrá la piedra de la entrada del sepulcro?». Al mirar, vieron que la piedra estaba corrida y eso que era muy grande. Entraron en el sepulcro y vieron a un joven sentado a la derecha, vestido de blanco. Y quedaron aterradas. Él les dijo: «No tengáis miedo. ¿Buscáis a Jesús el Nazareno, el crucificado? Ha resucitado. No está aquí. Mirad el sitio donde lo pusieron. Pero id a decir a sus discípulos y a Pedro: "Él va por delante de vosotros a Galilea. Allí lo veréis, como os dijo"». Ellas salieron huyendo del sepulcro, pues estaban temblando y fuera de sí. Y no dijeron nada a nadie, del miedo que tenían. Resucitado al amanecer del primer día de la semana, se apareció primero a María Magdalena, de la que había echado siete demonios. Ella fue a anunciárselo a sus compañeros, que estaban de duelo y llorando. Ellos, al oírle decir que estaba vivo y que lo había visto, no la creyeron. (Mc 16,1-11)	Pasado el sábado, al alborear el primer día de la semana, fueron María la Magdalena y la otra María a ver el sepulcro. Y de pronto tembló fuertemente la tierra, pues un ángel del Señor, bajando del cielo y acercándose, corrió la piedra y se sentó encima. Su aspecto era de relámpago y su vestido blanco como la nieve; los centinelas temblaron de miedo y quedaron como muertos. El ángel habló a las mujeres: «Vosotras no temáis, ya sé que buscáis a Jesús el crucificado. No está aquí: ¡ha resucitado!, como había dicho. Venid a ver el sitio donde yacía e id aprisa a decir a sus discípulos: "Ha resucitado de entre los muertos y va por delante de vosotros a Galilea. Allí lo veréis". Mirad, os lo he anunciado». Ellas se marcharon a toda prisa del sepulcro; llenas de miedo y de alegría corrieron a anunciarlo a los discípulos. De pronto, Jesús les salió al encuentro y les dijo: «Alegraos». Ellas se acercaron, le abrazaron los pies y se postraron ante él. Jesús les dijo: «No temáis: id a comunicar a mis hermanos que vayan a Galilea; allí me verán». (Mt 28,1-10)	El primer día de la semana, de madrugada, ***las mujeres*** fueron al sepulcro llevando los aromas que habían preparado. Encontraron corrida la piedra del sepulcro. Y, entrando, no encontraron el cuerpo del Señor Jesús. Mientras estaban desconcertadas por esto, se les presentaron dos hombres con vestidos refulgentes. Ellas quedaron despavoridas y con las caras mirando al suelo y ellos les dijeron: «¿Por qué buscáis entre los muertos al que vive? No está aquí. Ha resucitado. Recordad cómo os habló estando todavía en Galilea, cuando dijo que el Hijo del hombre tiene que ser entregado en manos de hombres pecadores, ser crucificado y al tercer día resucitar». Y recordaron sus palabras. Habiendo vuelto del sepulcro, anunciaron todo esto a los Once y a todos los demás. Eran María la Magdalena, Juana y María, la de Santiago. También las demás, que estaban con ellas, contaban esto mismo a los apóstoles. Ellos lo tomaron por un delirio y no las creyeron. Pedro, sin embargo, se levantó y fue corriendo al sepulcro. Asomándose, ve solo los lienzos. Y se volvió a su casa, admirándose de lo sucedido. (Lc 24, 1-12	El primer día de la semana, María la Magdalena fue al sepulcro al amanecer, cuando aún estaba oscuro, y vio la losa quitada del sepulcro. Echó a correr y fue donde estaban Simón Pedro y el otro discípulo, a quien Jesús amaba, y les dijo: «Se han llevado del sepulcro al Señor y no sabemos dónde lo han puesto». Salieron Pedro y el otro discípulo camino del sepulcro. Los dos corrían juntos, pero el otro discípulo corría más que Pedro; se adelantó y llegó primero al sepulcro; e, inclinándose, vio los lienzos tendidos; pero no entró. Llegó también Simón Pedro detrás de él y entró en el sepulcro: vio los lienzos tendidos y el sudario con que le habían cubierto la cabeza, no con los lienzos, sino enrollado en un sitio aparte. Entonces entró también el otro discípulo, el que había llegado primero al sepulcro; vio y creyó. Pues hasta entonces no habían entendido la Escritura: que él había de resucitar de entre los muertos. Los dos discípulos se volvieron a casa. Estaba María fuera, junto al sepulcro, llorando. Mientras lloraba, se asomó al sepulcro y vio dos ángeles vestidos de blanco, sentados, uno a la cabecera y otro a los pies, donde había estado el cuerpo de Jesús. Ellos le preguntan: «Mujer, ¿por qué lloras?». Ella les contesta: «Porque se han llevado a mi Señor y no sé dónde lo han puesto». Dicho esto, se vuelve y ve a Jesús, de pie, pero no sabía que era Jesús. Jesús le dice: «Mujer, ¿por qué lloras?, ¿a quién buscas?». Ella, tomándolo por el hortelano, le contesta: «Señor, si tú te lo has llevado, dime dónde lo has puesto y yo lo recogeré». Jesús le dice: «¡María!». Ella se vuelve y le dice: «¡Rabboni!», que significa: «¡Maestro!». Jesús le dice: «No me retengas, que todavía no he subido al Padre. Pero, anda, ve a mis hermanos y diles: "Subo al Padre mío y Padre vuestro, al Dios mío y Dios vuestro"». María la Magdalena fue y anunció a los discípulos: «He visto al Señor y ha dicho esto». (Jn 20, 1-18)

Los relatos coinciden en lo esencial, pero cada evangelista ofrece matices propios, de acuerdo con su sensibilidad. Fijemos nuestra atención en lo esencial y en la misión encomendada a las mujeres.

Las primeras en madrugar y acudir al sepulcro son las mujeres. Es el primer día de la semana. Todo comienza de nuevo. Van con la finalidad de ver el sepulcro y embalsamar el cadáver del Nazareno. Les mueve, sin duda alguna, su amor por el admirado maestro de Nazaret. Como el resto de los mortales, ellas no habían creído y entendido las palabras de Jesús que debía resucitar de entre los muertos. Cierto, admiraban a Jesús y habían puesto su confianza en él, ya que reconocían en él una especial relación con Dios. El evangelista Juan personifica al grupo de mujeres en María Magdalena, «de la que había echado siete

demonios», según Mc 16, 9. María, al descubrir abierto el sepulcro, corre a decírselo a los discípulos. Pedro y Juan corren a verificarlo. El discípulo amado llega, ve y cree. Es el primero en creer.

Ante el sepulcro vacío, saltan las alarmas. Las mujeres piensan de manera espontanea: han robado el cadáver de Jesús. Unos seres angélicos les preguntan y revelan lo que ha acontecido: como lo había previamente anunciado, Jesús ha resucitado de entre los muertos. ¡El crucificado, ha resucitado! Las mujeres reciben el encargo de comunicar la buena nueva a los discípulos, que no terminan de creer. Todo contribuye a subrayar que estamos ante un acontecimiento divino, que reclama fe a unos y otros. «Ver y creer» es la experiencia del discípulo amado. Los ángeles proclaman la buena nueva: ha sucedido como Jesús lo había anunciado. La acción divina acontece según lo anunciado por el Señor. Estamos en el terreno de la fe. Muchos se preguntan: ¿Cómo sucedió? Y la respuesta es: ¡Basta creer! ¡Los razonamientos incapacitan para creer!

El testimonio de los ángeles se ratifica. Jesús resucitado sale al encuentro de las mujeres, que no lo reconocen de entrada. Así se afirma que la resurrección no es una simple reanimación de un cadáver, como en el caso de la hija de Jairo, del hijo de la viuda de Naín o de Lázaro. Comporta una transfiguración cualitativa, permaneciendo él mismo.Jesús pide a las mujeres que dejen de llorar y no intenten retenerlo. Han de ir al encuentro de los discípulos, para anunciarles la Buena Nueva. Todos los evangelistas relatan cómo el Resucitado envía a las mujeres a comunicar lo acontecido en el silencio de Dios, pero previamente anunciado. La resurrección trasciende el tiempo y el espacio. Las mujeres comunican cómo el Viviente se les hizo presente en el camino y lo que les dijo. Son simples transmisoras de las palabras del Resucitado.

El relato del evangelio según san Juan (no olvidemos la dimensión simbólica de dicho evangelio) habla de cómo María Magdalena volvió al sepulcro después de comunicar a los discípulos que el sepulcro estaba vacío. En la primera ida a ellos, lo hace por cuenta propia y se limita a señalar la situación del sepulcro vacío. «Se han llevado del sepulcro al señor, y no sabemos donde lo han puesto». (Notemos que María habla en plural) Pedro y el discípulo corren para verificar qué ha sucedido.

María vuelve al sepulcro. Es terca y está empeñada en recuperar el cadáver de Jesús, para darle el honor que le corresponde de acuerdo con la cultura religiosa de su tiempo. El Resucitado sale a su encuentro, pero no lo reconoce cuando le pregunta porqué llora. Confunde al Resucitado con un hortelano. Ni siquiera el amor le permite reconocer al que siguió con admirable entrega y gratitud. Conviene notarlo, pues nos encontramos en el corazón de la fe.

La Magdalena sólo reconoce a Jesús cuando este pronuncia su nombre. Llena de admiración dice: «Mi maestro». Jesús pide que no lo retenga, todavía no ha subido al Padre. Y sin más explicaciones, el Viviente la envía a los discípulos con este mensaje: «Anda, ve a mis hermanos y diles: “Subo al Padre mío y Padre vuestro, al Dios mío y Dios vuestro”». En el Cenáculo, Jesús llamó a sus discípulos «amigos». Resucitado los llama «hermanos». Estamos ante una nueva etapa de su relación de los suyos.
Los relatos evangélicos constatan cómo el anuncio y encuentro con el Resucitado provoca la reacción propia del temor creyente. En efecto, el temor religioso está entretejido de alegría, admiración, y anonadamiento ante la grandeza de lo divino. Para captar el sentido e inteligencia de lo sucedido es necesaria una auténtica revelación divina. Así lo vemos ante el nacimiento del Salvador y así sucede también ante la pascua del Hijo enviado en una carne semejante a la nuestra. ¡Es la fe!

En resumen, las mujeres buscaban un cadáver y han sido alcanzadas por el Viviente. Él sale a su encuentro, para hacer de ellas las primeras en anunciar la buena nueva, como en su día lo hicieran unos pastores. Si por la acción del Espíritu Santo, el Unigénito de Dios asumió una carne semejante a la nuestra en el seno virginal de María, ahora, por medio de unas mujeres, el Resucitado comunica a a los discípulos el hecho de su resurrección. La presencia e iniciativa de los ángeles en ambos acontecimientos expresa la realización del designio divino de la salvación. Dios elige lo que no cuenta a los ojos de los hombres, para anunciar la

realización de la esperanza mesiánica. Ha llegado la plenitud de los tiempos. Tratemos ahora, en un segundo momento, de ahondar en el mensaje que las mujeres transmitieron en nombre del Señor a los discípulos.

II.- PRESENCIA Y MENSAJE DEL RESUCITADO A TRAVÉS DE LAS MUJERES.

Conviene notar en primer lugar que las mujeres no inventan el mensaje. Se limitan a comunicar a los discípulos lo que los ángeles y Jesús les han encargado de transmitir. Doble y complementario es el mensaje del Viviente, que conviene desentrañar. El mensaje invita a la alegría y la misión.

Jesús, por medio de las mujeres, anuncia su resurrección a los discípulos y les ordena que vayan a Galilea donde se les manifestará. Este mensaje tiene una gran importancia. Creer e ir a Galilea significa, en primer lugar, hacer memoria de la misión que Jesús desarrolló por los caminos y sinagogas de la «Galilea de los gentiles» (Mt 4, 15), bajo la égida del Espíritu Santo. El camino de la misión apostólica no puede ser otro que el camino recorrido en pobreza y humildad por el Nazareno. Este punto nos interroga sin cesar a la comunidad apostólica.

Por los caminos de Galilea, de ciudad en ciudad, Jesús anunciaba la llegada del reino de Dios. Cuando la gente trató de retenerlo, replicó: «Es necesario que proclame el reino de Dios también a las otras ciudades, pues para esto he sido enviado». (Lc 4, 43) Jesús no se instaló en el éxito. Vivió la misión como una verdadera peregrinación, desde el momento que el Espíritu descendió sobre él en las aguas del Jordán. En el mismo Espíritu, por tanto, la Iglesia apostólica está llamada a anunciar la Buena Nueva del reino de Dios hasta los confines de la tierra. (cf. Hch 1, 1ss) De Galilea a los confines de la tierra. La misión prosigue y la Iglesia apostólica debe llevarla a cabo en comunión de vida y destino con el Nazareno.

El mensaje que María Magdalena debe comunicar a los discípulos tristes, insiste en la unión y comunión existente entre ellos y quien los envía. «Anda, ve a mis hermanos y diles: “Subo al Padre mío y Padre vuestro, al Dios mío y Dios vuestro”». La misión tiene su origen y meta en el Padre. Vino del Padre y al Padre vuelve. El Resucitado anuncia de forma clara y sencilla esta verdad vivificante: los discípulos somos sus hermanos: su Padre y su Dios, es nuestro Padre y nuestro Dios. La unidad y comunión fraterna de los discípulos en Cristo, es clave, para que el mundo crea en él, enviado por el Padre para salvarnos.

La comunión fraterna y la misión son indisociables. En su Pascua, se ha realizado lo que había anunciado y pedido, en el Cenáculo, por los discípulos de todos los tiempos. (Es necesario insistir en ello, pues no siempre se tiene bastante en cuenta). La unidad y comunión en Cristo es el fundamento de la misión, para que el mundo crea. Pero esto dicho, es preciso dar un paso más, para comprender el sentido, dinamismo y finalidad de la misión tras las huellas del Maestro y Señor.

III.- «ERA NECESARIO».

El evangelista san Lucas pone especial énfasis en este punto. Jesús resucitado toma la iniciativa y sale al encuentro de los discípulos, que andaban tristes y frustrados de camino hacia la aldea de Emaús. Habían puesto «su esperanza» en el Maestro de Nazaret y, con su muerte en cruz, sus sueños se habían venido a bajo. Dejan la comunidad y vuelven a sus cosas. Jesús, el peregrino ignoto, sale a su encuentro y establece diálogo con ellos. Pregunta y escucha a los dos discípulos. Ellos narran, con detalle, lo que había sucedido en Jerusalén. Su escepticismo les condena a la frustración. He aquí el relato del encuentro.

> Aquel mismo día, dos de ellos iban caminando a una aldea llamada Emaús, distante de Jerusalén unos sesenta estadios; iban conversando entre ellos de todo lo que había sucedido. Mientras conversaban y discutían, Jesús en persona se acercó y se puso a caminar con ellos. Pero sus ojos no eran capaces de reconocerlo. Él les dijo: «¿Qué conversación es esa que traéis mientras vais de camino?». Ellos se detuvieron con aire entristecido. Y

> uno de ellos, que se llamaba Cleofás, le respondió: «¿Eres tú el único forastero en Jerusalén que no sabes lo que ha pasado allí estos días?». Él les dijo: «¿Qué?». Ellos le contestaron: «Lo de Jesús el Nazareno, que fue un profeta poderoso en obras y palabras, ante Dios y ante todo el pueblo; cómo lo entregaron los sumos sacerdotes y nuestros jefes para que lo condenaran a muerte, y lo crucificaron. Nosotros esperábamos que él iba a liberar a Israel, pero, con todo esto, ya estamos en el tercer día desde que esto sucedió. Es verdad que algunas mujeres de nuestro grupo nos han sobresaltado, pues habiendo ido muy de mañana al sepulcro, y no habiendo encontrado su cuerpo, vinieron diciendo que incluso habían visto una aparición de ángeles, que dicen que está vivo. Algunos de los nuestros fueron también al sepulcro y lo encontraron como habían dicho las mujeres; pero a él no lo vieron». Entonces él les dijo: «¡Qué necios y torpes sois para creer lo que dijeron los profetas! ¿No era necesario que el Mesías padeciera esto y entrara así en su gloria?». Y, comenzando por Moisés y siguiendo por todos los profetas, les explicó lo que se refería a él en todas las Escrituras. Llegaron cerca de la aldea adonde iban y él simuló que iba a seguir caminando; pero ellos lo apremiaron, diciendo: «Quédate con nosotros, porque atardece y el día va de caída». Y entró para quedarse con ellos. Sentado a la mesa con ellos, tomó el pan, pronunció la bendición, lo partió y se lo iba dando. A ellos se les abrieron los ojos y lo reconocieron. Pero él desapareció de su vista. Y se dijeron el uno al otro: «¿No ardía nuestro corazón mientras nos hablaba por el camino y nos explicaba las Escrituras?». Y, levantándose en aquel momento, se volvieron a Jerusalén, donde encontraron reunidos a los Once con sus compañeros, que estaban diciendo: «Era verdad, ha resucitado el Señor y se ha aparecido a Simón». Y ellos contaron lo que les había pasado por el camino y cómo lo habían reconocido al partir el pan. (Lc 24, 13-35)

Jesús, después de escuchar pacientemente a los dos discípulos, les reprocha su necedad y torpeza para creer las Escrituras. Es importante notarlo. La pascua de Jesús ha acontecido de acuerdo con las Escrituras. Ellas indicaban la necesidad que el Mesías padeciera y entrase así en su gloria. La pascua de Jesús, y esto es lo decisivo, había acontecido según la Escritura. «Hoy se ha cumplido esta Escritura», afirmó Jesús en la sinagoga de su pueblo. Las cosas no suceden al azar, sino de acuerdo con el designio revelado por el Señor.

Y en la aparición a la comunidad apostólica reunida, Jesús resucitado insiste de nuevo en cómo en él se han cumplido las Escrituras. Y así les abrió la inteligencia de ellas.

> «Esto es lo que os dije mientras estaba con vosotros: que era necesario que se cumpliera todo lo escrito en la Ley de Moisés y en los Profetas y Salmos acerca de mí». Entonces les abrió el entendimiento para comprender las Escrituras. Y les dijo: «Así está escrito: el Mesías padecerá, resucitará de entre los muertos al tercer día y en su nombre se proclamará la conversión para el perdón de los pecados a todos los pueblos, comenzando por Jerusalén. Vosotros sois testigos de esto. Mirad, yo voy a enviar sobre vosotros la promesa de mi Padre; vosotros, por vuestra parte, quedaos en la ciudad hasta que os revistáis de la fuerza que viene de lo alto». (Lc 24, 44-49)

El evangelista Lucas ofrece así el auténtico criterio para creer en la verdad de lo ocurrido. El plan de Dios se ha cumplido. Todo ha sucedido para que se revelase la justicia, amor y veracidad del Dios de los padres. El Dios y Padre de Nuestro Señor Jesucristo. De ahora en adelante, las Escrituras deben comprenderse e interpretarse a la luz de la pascua del Señor, pues se han cumplido en su muerte y resurrección. Todo se ilumina con la luz de la pascua del Hijo entregado por el amor del Padre «en manos de los pecadores».

Así era necesario[1]. Ahora bien, la necesidad de la que habla Jesús, nada tiene que ver con el azar de los dioses griegos ni con el determinismo de los romanos. «La necesidad divina» brota del amor libre y soberano de Dios. Su plan eterno se cumple. Es la expresión de su amor apasionado por el mundo, de asociar «a la carne» a su obra creadora y salvadora. Esta verdad se expresa bellamente en uno de los prefacios:

> Porque reconocemos como obra de tu poder admirable no sólo haber socorrido nuestra débil naturaleza con la fuerza de tu divinidad, sino haber previsto el remedio en la misma debilidad humana, y de lo que era nuestra ruina haber hecho nuestra salvación, por Cristo, Señor nuestro. (Prefacio III dominical del tiempo ordinario)

Dios confió su obra creadora al primer Adán, para que la cultivase y gozase de ella; pero él no respetó la orden del Señor. Ahora el nuevo Adán, mediante su obediencia, ha llevado a cabo el designio salvador del Padre. Él que nos formó del polvo de la tierra, ahora nos asocia a su obra redentora mediante la carne de su Unigénito. Esta es la necesidad que nos llena de alegría, vida, libertad y comunión.

El Resucitado enviará de junto al Padre el Espíritu de la verdad que clama en nosotros: «Abba, Padre»; y por cuyo medio confesamos: «Jesús es el Señor» (1Cor 12, 3), «para gloria de Dios Padre» (Flp 2, 11). El Espíritu es el que nos conduce a la verdad plena y el que hace nosotros testigos de Jesucristo muerto y resucitado. Así nos adentramos en una nueva dimensión de la pascua del Señor, el envío en misión de los que lo han reconocido como el salvador del mundo.

IV.- EL ENVÍO EN MISIÓN.

Jesús resucitado salió en busca de los suyos, para convocarlos de nuevo y enviarlos en misión, como él fuera enviado por el Padre. En la oración del Cenáculo, Jesús había expresado su deseo de que los discípulos fueran consagrados en la verdad, para llevar a cabo su misión en el mundo.

> Ahora voy a ti, y digo esto en el mundo para que tengan en sí mismos mi alegría cumplida. Yo les he dado tu palabra, y el mundo los ha odiado porque no son del mundo, como tampoco yo soy del mundo. No ruego que los retires del mundo, sino que los guardes del maligno. No son del mundo, como tampoco yo soy del mundo. Santifícalos en la verdad: tu palabra es verdad. Como tú me enviaste al mundo, así yo los envío también al mundo. (Jn 17, 13-17)

El deseo expresado en la oración, Jesús lo consuma al resucitar de entre los muertos. Es un nuevo comienzo. Así lo pone de relieve el evangelista Juan: «Al anochecer de aquel día, el primero de la semana, estaban los discípulos en una casa, con las puertas cerradas por miedo a los judíos. Y en esto entró Jesús, se puso en medio y les dijo: «Paz a vosotros». Y, diciendo esto, les enseñó las manos y el costado. Y los discípulos se llenaron de alegría al ver al Señor. Jesús repitió: «Paz a vosotros. Como el Padre me ha enviado, así también os envío yo». Y, dicho esto, sopló sobre ellos y les dijo: «Recibid el Espíritu Santo; a quienes les perdonéis los pecados, les quedan perdonados; a quienes se los retengáis, les quedan retenidos». (Jn 20, 19-23)

---

[1] ¿Era necesario que el Hijo de Dios padeciera por nosotros? Lo era, ciertamente, y por dos razones fáciles de deducir: la una, para remediar nuestros pecados; la otra, para darnos ejemplo de cómo hemos de obrar.

Para remediar nuestros pecados, en efecto, porque en la pasión de Cristo encontramos el remedio contra todos los males que nos sobrevienen a causa del pecado.

La segunda razón tiene también su importancia, ya que la pasión de Cristo basta para servir de guía y modelo a toda nuestra vida. Pues todo aquel que quiera llevar una vida perfecta no necesita hacer otra cosa que despreciar lo que Cristo despreció en la cruz y apetecer lo que Cristo apeteció.

En la cruz hallamos el ejemplo de todas las virtudes.Si buscas un ejemplo de amor: Nadie tiene más amor que el que da la vida por sus amigos. Esto es lo que hizo Cristo en la cruz. Y por esto, si él entregó su vida por nosotros, no debemos considerar gravoso cualquier mal que tengamos que sufrir por él. (Oficio de lecturas del día de Santo Tomás de Aquino)

Los evangelios insisten, cada uno con sus propios matices, cómo los Doce son enviados a las naciones, para hacer discípulos y bautizarlos con Espíritu, tal como Juan Bautista, el testigo enviado por Dios, lo había anunciado. No es el momento de hacer un estudio minucioso. Me limito a señalar dos o tres aspectos para la contemplación y meditación, a fin de interrogarnos cómo vivimos la dinámica profunda de la misión.

Jesús resucitado aporta paz y alegría a la comunidad apostólica, triste y replegada sobre ella misma por el miedo, expresión de su incredulidad. Jesús resucitado la envía al mundo, para que haga en el Espíritu discípulos. La paz y alegría hacía atrayente a la primera comunidad. La paz y la alegría disponen a los testigos para la misión e irradian la luz del Evangelio de Dios. El «otro Paráclito», el Espíritu de la verdad, lanza a la comunidad apostólica a las plazas públicas. La Iglesia peregrinante es misionera por naturaleza, existe en el mundo para evangelizar, que tanto difiere de la propaganda religiosa y el proselitismo. Ella es misionera actualizando en el Espíritu los signos dados por el Hijo del hombre.

Los ángeles dieron como signo para reconocer al hijo de María, el Salvador, «un niño envuelto en pañales y recostado en un pesebre». Para hacerse reconocer por los discípulos, el Resucitado ofrecía sus llagas. Para perpetuar su presencia entre nosotros, lo hace en el pan y el vino. Y así decía a los suyos: «En verdad, en verdad os digo: el criado no es más que su amo, ni el enviado es más que el que lo envía. Puesto que sabéis esto, dichosos vosotros si lo ponéis en práctica.» (Jn. 13, 16-17) «Un discípulo no es más que su maestro, ni un esclavo más que su amo; ya le basta al discípulo con ser como su maestro y al esclavo como su amo. Si al dueño de casa lo han llamado Belzebú, ¡cuánto más a los criados!» (Mt 10, 24-25) «No está el discípulo sobre su maestro, si bien, cuando termine su aprendizaje, será como su maestro». (Lc 6, 40) En este sentido, creo interesante recordar, una vez más, lo que afirma el Concilio Vaticano II: «Como Cristo realizó la obra de la redención en pobreza y persecución, de igual modo la Iglesia está destinada a recorrer el mismo camino a fin de comunicar los frutos de la salvación a los hombres». (LG 8).

Jesús resucitado, al enviar en misión a la comunidad apostólica, le promete el don del Espíritu Santo y su presencia hasta el final de los tiempos. En el evangelio según san Lucas, Jesús resucitado se despide de los discípulos diciéndoles: «Yo voy a enviar sobre vosotros la promesa de mi Padre», (lc 24, 49) el Espíritu para la misión. Marcos culmina su evangelio así: «Después de hablarles, el Señor Jesús fue llevado al cielo y se sentó a la derecha de Dios. Ellos se fueron a predicar por todas partes, y el Señor cooperaba confirmando la palabra con las señales que los acompañaban». (Mc 16, 19-20) En el evangelio según san Mateo, Jesús resucitado habla en estos términos:

> Los once discípulos se fueron a Galilea, al monte que Jesús les había indicado. Al verlo, ellos se postraron, pero algunos dudaron. Acercándose a ellos, Jesús les dijo: «Se me ha dado todo poder en el cielo y en la tierra. Id, pues, y haced discípulos a todos los pueblos, bautizándolos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo; enseñándoles a guardar todo lo que os he mandado. Y sabed que yo estoy con vosotros todos los días, hasta el final de los tiempos». (Mt 28, 16-20)

Tratemos ahora de sacar algunas consecuencias, para vivir mejor la identidad misionera de la Iglesia apostólica, en nuestra condición de miembros de un Instituto Secular.

V.- TESTIGOS DEL RESUCITADO EN EL MUNDO.

No es una ética de los valores lo que define, en última instancia, el Evangelio de Dios, sino la Pascua del Hijo del hombre, esto es, su muerte y resurrección. La afirmación de san Pablo es luminosa en este sentido:

> Si Cristo no ha resucitado, vana es nuestra predicación y vana también vuestra fe; más todavía: resultamos unos falsos testigos de Dios, porque hemos dado testimonio contra él, diciendo que ha resucitado a Cristo, a quien no ha resucitado... si es que los muertos no resucitan. Pues si los muertos no resucitan, tampoco Cristo ha resucitado; y, si Cristo no ha resucitado, vuestra fe no tiene sentido, seguís estando en vuestros pecados; de

> modo que incluso los que murieron en Cristo han perecido. Si hemos puesto nuestra esperanza en Cristo solo en esta vida, somos los más desgraciados de toda la humanidad. […] Si los muertos no resucitan, comamos y bebamos, que mañana moriremos. (1Cor 15, 14-19.32)

1.- La conciencia de ser enviados en Cristo al mundo...

La misión que el Resucitado confió a los Doce y, en consecuencia, a la Iglesia apostólica, es la de proclamar con su vida y palabra que las Escrituras se han cumplido. El tiempo se ha cumplido. Las promesas de Dios se han realizado. Jesús ha resucitado de entre los muertos como primicia de cuantos creen en él.

La fe en la Pascua de Jesús era la fuente de la alegría y del aplomó en el Espíritu, con el que la comunidad cristiana irradiaba la gloria del Señor, en la noche oscura de la historia. San Pablo lo expresaba así:

> Por esto, encargados de este ministerio por la misericordia obtenida, no nos acobardamos; al contrario, hemos renunciado a la clandestinidad vergonzante, no actuando con intrigas ni falseando la palabra de Dios; sino que, manifestando la verdad, nos recomendamos a la conciencia de todo el mundo delante de Dios. Y si nuestro Evangelio está velado, lo está entre los que se pierden, los incrédulos, cuyas mentes ha obcecado el dios de este mundo para que no vean el resplandor del Evangelio de la gloria de Cristo, que es imagen de Dios. Porque no nos predicamos a nosotros mismos, sino a Jesucristo como Señor, y a nosotros como siervos vuestros por Jesús. Pues el Dios que dijo: Brille la luz del seno de las tinieblas ha brillado en nuestros corazones, para que resplandezca el conocimiento de la gloria de Dios reflejada en el rostro de Cristo. (2Cor 4, 1-6)

A continuación Pablo añade una afirmación, que hemos meditado con frecuencia, pero conviene hacerlo en su integridad: «Pero llevamos este tesoro en vasijas de barro, para que se vea que una fuerza tan extraordinaria es de Dios y no proviene de nosotros. Atribulados en todo, mas no aplastados; apurados, mas no desesperados; perseguidos, pero no abandonados; derribados, mas no aniquilados, llevando siempre y en todas partes en el cuerpo la muerte de Jesús, para que también la vida de Jesús se manifieste en nuestro cuerpo. Pues, mientras vivimos, continuamente nos están entregando a la muerte por causa de Jesús; para que también la vida de Jesús se manifieste en nuestra carne mortal. De este modo, la muerte actúa en nosotros, y la vida en vosotros. Pero teniendo el mismo espíritu de fe, según lo que está escrito: Creí, por eso hablé, también nosotros creemos y por eso hablamos; sabiendo que quien resucitó al Señor Jesús también nos resucitará a nosotros con Jesús y nos presentará con vosotros ante él. Pues todo esto es para vuestro bien, a fin de que cuantos más reciban la gracia, mayor sea el agradecimiento, para gloria de Dios». (4, 7-15)

Quien cree de verdad en la resurrección de Jesucristo, avanza gozoso y firme en medio de las pruebas del mundo. Lo hace como peregrino de la esperanza que no defrauda. Cristo Jesús, resucitado de entre los muertos es su esperanza. El Hijo, en su retorno al Padre, lo hizo entre gritos y lágrimas, pero con la alegría y firmeza de quien se sabía entre las manos del Padre. En la Pascua del Hijo, el Padre se glorificaba y era glorificado. Pablo nos muestra cómo en medio de las pruebas y debilidades propias y ajenas, caminaba en la fe pascual; creía y sabía que el Padre resucitó a Jesús de entre los muertos como primicias de todos los creyentes. De aquí brota la misión gozosa y confiada, así como una verdadera ética. En este sentido es muy significativo lo que afirma la carta a los Hebreos. «Mantengámonos firmes en la esperanza que profesamos, porque es fiel quien hizo la promesa. Fijémonos los unos en los otros para estimularnos a la caridad y a las buenas obras; no faltemos a las asambleas, como suelen hacer algunos, sino animémonos tanto más cuanto más cercano veis el Día». (Heb 10, 23-25)

Abundando en esta perspectiva, me parece interesante señalar un texto del libro del Eclesiástico, otro de la carta de los hebreos y una anotación de san Agustín en su famoso sermón sobre los pastores.

> Hijo, si te acercas a servir al Señor, prepárate para la prueba. Endereza tu corazón, mantente firme y no te angusties en tiempo de adversidad. Pégate a él y no te separes, para que al final seas enaltecido. (Eclo 2, 1-3)

> Hijo mío, no rechaces la corrección del Señor, ni te desanimes por su reprensión; porque el Señor reprende a los que ama y castiga a sus hijos preferidos. Soportáis la prueba para vuestra corrección, porque Dios os trata como a hijos, pues ¿qué padre no corrige a sus hijos? Si os eximen de la corrección, que es patrimonio de todos, es que sois bastardos y no hijos. (Heb 12, 5-8)

> Para que la oveja débil no desfallezca en las pruebas futuras, no hay que engañarla con una falsa esperanza ni quebrantarla con el pánico. Dile: *Prepara tu alma para la prueba*. Pero quizá comienza a vacilar, a estremecerse, a no querer acercarse: tienes el remedio: *Fiel es Dios, que no permitirá que seáis tentados más de lo que podéis soportar*. En estas dos cosas consiste el fortalecer al débil: prometerle la asistencia de Dios y anunciarle los sufrimientos futuros. (Agustín)

2.- ...para hacer discípulos del Señor

La misión que Jesús confía a los Doce, esto es, a la Iglesia apostólica es la de hacer discípulos de todos los pueblos. No debemos, por tanto, contentarnos con hacer gente buena y religiosa. El mandato del Señor es claro y límpido: «Los once discípulos se fueron a Galilea, al monte que Jesús les había indicado. Al verlo, ellos se postraron, pero algunos dudaron. Acercándose a ellos, Jesús les dijo: «Se me ha dado todo poder en el cielo y en la tierra. Id, pues, y haced discípulos a todos los pueblos, bautizándolos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo; enseñándoles a guardar todo lo que os he mandado. Y sabed que yo estoy con vosotros todos los días, hasta el final de los tiempos». (Mt 28, 16-20)

Jesús no se limitó a anunciar la llegada del reino de Dios, invitando a todos a la conversión y la fe, sino que reunió la comunidad de los discípulos en torno a él. Y esta es la misión que se confía a la Iglesia apostólica. La misión apostólica lleva consigo reunir a la humanidad en torno al Resucitado, para que viva de acuerdo con lo que él ha vivido y anunciado de parte del Padre. El ***sincretismo*** mina desde dentro la verdad del Evangelio de la gracia, como lo hace el que busca imponer el Evangelio por la fuerza y el poder, aunque lo haga a través de una simple ideología o sabiduría humana. Así se deduce de la experiencia de un texto que hemos meditado con frecuencia:

> Yo mismo, hermanos, cuando vine a vosotros a anunciaros el misterio de Dios, no lo hice con sublime elocuencia o sabiduría, pues nunca entre vosotros me precié de saber cosa alguna, sino a Jesucristo, y este crucificado. También yo me presenté a vosotros débil y temblando de miedo; mi palabra y mi predicación no fue con persuasiva sabiduría humana, sino en la manifestación y el poder del Espíritu, para que vuestra fe no se apoye en la sabiduría de los hombres, sino en el poder de Dios. (1Cor 2, 1-5)

En ningún momento debería olvidarse, según creo, lo que afirma el evangelista Juan, comentando la profecía del sumo sacerdote Caifás: «Esto no lo dijo por propio impulso, sino que, por ser sumo sacerdote aquel año, habló proféticamente, anunciando que Jesús iba a morir por la nación; y no solo por la nación, sino también para reunir a los hijos de Dios dispersos. (Jn 11, 51-52)

3.- … y la creación cante la gloria del Señor

En la muerte y resurrección fue glorificado el Padre y el Hijo en el Espíritu de la verdad y la comunión. Y la misión de los que hemos creído en la resurrección del Siervo Jesús, no es otra que la glorificación del Padre y el Hijo en el Espíritu de Cristo, que nos hace clamar: «Abba, Padre».

La comunidad apostólica de los discípulos del Señor está llamada, por tanto, a desarrollar su verdadera identidad sacramental en el mundo y a favor del mundo. Ella es enviada al mundo para ser signo e instrumento que actualiza el amor de Dios por el mundo, tal como se ha revelado en la Pascua del Hijo amado.

> La Iglesia, al prestar ayuda al mundo y al recibir del mundo múltiple ayuda, sólo pretende una cosa: el advenimiento del reino de Dios y la salvación de toda la humanidad. Todo el bien que el Pueblo de Dios puede dar a la familia humana al tiempo de su peregrinación en la tierra, deriva del hecho de que la Iglesia es "sacramento universal de salvación", que manifiesta y al mismo tiempo realiza el misterio del amor de Dios al hombre.
>
> El Verbo de Dios, por quien todo fue hecho, se encarnó para que, Hombre perfecto, salvará a todos y recapitulara todas las cosas. El Señor es el fin de la historia humana, punto de convergencia hacia el cual tienden los deseos de la historia y de la civilización, centro de la humanidad, gozo del corazón humano y plenitud total de sus aspiraciones. El es aquel a quien el Padre resucitó, exaltó y colocó a su derecha, constituyéndolo juez de vivos y de muertos. Vivificados y reunidos en su Espíritu, ***caminamos como peregrinos hacia la consumación de la historia humana***, la cual coincide plenamente con su amoroso designio: "Restaurar en Cristo todo lo que hay en el cielo y en la tierra" (*Ef* 1,10).
>
> He aquí que dice el Señor: "Vengo presto, y conmigo mi recompensa, para dar a cada uno según sus obra. Yo soy el alfa y la omega, el primero y el último, el principio y el fin" (*Ap* 22,12-13).

En el mundo, la consagración secular, por tanto, es una gracia dada a la Iglesia, para contribuir a que toda la creación cante de manera existencial la gloria del Creador, en la verdad y justicia según Dios. Y esto desde la perspectiva sacramental que acabo de apuntar. Sabemos que el trigo y la cizaña crecerán juntos hasta la consumación de los tiempos; pero es misión de los IISS trabajar en el seno de la Iglesia y como desde dentro en el mundo secular, para sembrar la semilla del reino de Dios en los corazones de los hombres y en las estructuras de nuestro mundo, de manera que todos y todo se unan al cántico nuevo del que habla el libro del Apocalipsis. Aprendamos y enseñemos el cántico nuevo del Cordero pascual. ¡Canta y camina!

> Miré y he aquí que el Cordero estaba de pie sobre el monte Sión, y con él ciento cuarenta y cuatro mil que llevaban grabados en la frente su nombre y el nombre de su Padre. Oí también como una voz del cielo, como voz de muchas aguas y como voz de un trueno poderoso; y la voz que escuché era como de citaristas que tañían sus citaras. Y cantan un cántico nuevo delante del trono, delante de los cuatro vivientes y los ancianos. Y nadie podía aprender el cántico sino los ciento cuarenta y cuatro mil, los rescatados de la tierra. Estos son los que no se contaminaron con mujeres, porque son vírgenes. Estos son los que siguen al Cordero adondequiera que vaya. Estos fueron rescatados como primicias de los hombres para Dios y el Cordero. En su boca no se halló mentira: son intachables. (Ap 14, 1-5)
>
> Vi una especie de mar de vidrio mezclado con fuego; los vencedores de la bestia, de su imagen y del número de su nombre estaban de pie sobre el mar cristalino; tenían en la mano las cítaras de Dios. Y cantan el cántico de Moisés, el siervo de Dios, y el cántico del Cordero, diciendo: «Grandes y admirables son tus obras, Señor, Dios omnipotente; justos y verdaderos tus caminos, rey de los pueblos. ¿Quién no temerá y no dará gloria a tu nombre? Porque vendrán todas las naciones y se postrarán ante ti, porque tú solo eres santo y tus justas sentencias han quedado manifiestas». (Ap 15, 2-4)